

**EDUARDO
MATA**

EL PREMIO ELIAS SOURASKY

Sr. Presidente de la República, Sr. Secretario de Educación, Sr. Rector de la UNAM, Don Elías Sourasky, señoras y señores:

Con grata sorpresa he recibido la notificación de este premio donado generosamente por Don Elías Sourasky para estimular la labor de artistas, intelectuales y científicos. Es relevante el hecho de que se le dé el premio a un músico, pues no estamos acostumbrados a este tipo de reconocimientos. Vivimos del estímulo aleatorio, circunstancial, del público que nos aplaude y sigue. Con frecuencia nos preguntamos si lo que hacemos tiene una justificación social. Un momento de goce de una sola persona del público a quien nos dirigimos basta para hacernos olvidar la inquietud que nos despierta la razón de ser de nuestro arte y ello basta para sentirnos justificados socialmente.

La brega del artista de concierto o del compositor es de hecho una lucha permanente contra el medio. Creador e intérprete ofrecen un producto que por la estructura de nuestra sociedad y sus opciones de divertimento, muy pocos quieren consumir. La competencia (¿monopolio?) de la radio y televisión comerciales es abrumadora. Por otra parte nuestro sistema educativo continúa soslayando la formación artística y humanística del individuo cediéndola casi exclusivamente a la influencia u orientación familiar. ¿Cuál es el común denominador del entretenimiento familiar? la radio, la televisión, el cine, lleno de falsos símbolos mexicanistas, y, en el mejor de los casos, los deportes.

Gradualmente la subcultura originada en los medios de comunicación va sustituyendo a la auténtica cultura, pues la penetración de la radio y televisión es infinitamente mayor que la de ningún libro de texto o que la de cualquier otro esfuerzo que el Estado pueda hacer por la culturización masiva.

Hay muchos caminos para remediar esta situación pero no debemos hacernos ilusiones. Cualquier intento llevaría más de una generación para producir resultados. Lo que debe preocuparnos es la falta de acción efectiva, drástica, en esa dirección. No es sólo por demanda gremial por lo que los músicos de concierto aspiramos a tanto, sino por la necesidad imperiosa de brindar al pueblo el acceso a una cultura digna, que complemente su educación básica y que lo lleve a estadios de madurez que se reflejarán inevitablemente en su vida cotidiana, en la política, en las relaciones humanas o en su actividad profesional, cualquiera que ésta sea. Sólo en un contexto donde los valores intelectuales tengan la jerarquía

adecuada, podemos aspirar a reconocer y valorar a nuestros creadores.

La historia musical de México es brevísima. Nuestra tradición, me atrevería yo a decir, está aún en proceso de formación. Los primeros héroes de nuestra historia musical están en el pasado inmediato, algunos todavía vivos: Revueltas, Chávez, Ponce, Moncayo y Galindo están a una y dos generaciones de distancia respectivamente. A ellos debemos las primeras muestras de un lenguaje musical específicamente mexicano. A Chávez debemos la creación de las instituciones musicales que operan hasta la fecha: Conservatorio, Sinfónica Nacional, Bellas Artes. Pero de poco han servido los esfuerzos y la labor señera de unos cuantos. Subsiste el desinterés de la sociedad por los valores artísticos. No logramos asimilar la idea de que éstos son parte esencial de la personalidad e idiosincrasia de un pueblo.

Estamos encerrados en un círculo vicioso. Las escuelas profesionales de música cumplen a medias su función. Sin presión, ni demanda y con pocos maestros capaces, los niveles académicos se relajan; los planes de estudio son obsoletos prácticamente desde su nacimiento. El joven músico —aun el mejor preparado— carece de los estímulos más elementales para su desarrollo ulterior. La falta de competencia y el desinterés general de la sociedad van castrando sus potencialidades y empujándolo al chambismo, fin de toda aspiración artística. Los pocos músicos de nivel sobresaliente egresados de escuelas mexicanas han tenido que terminar sus estudios en el extranjero. Sintiendo los estímulos de medios culturales superiores al nuestro se desarraigan para siempre al alcanzar niveles profesionales de excelencia y al obtener reconocimiento artístico justo.

El círculo vicioso sólo puede romperse atacándolo simultáneamente por varios lados. Es urgente la reorganización de la enseñanza artística elemental y por supuesto la profesional. Que nuestras escuelas produzcan buenos músicos, y que nuestra sociedad esté en un nivel superior para escucharlos y juzgarlos. Cuando haya reclamo, habrá calidad. Si hay calidad, el público demandará cantidad y ésta traerá consigo la competencia.

Los músicos mexicanos se debaten ahora en una lucha, que parece sin fin, por conseguir mejoras de tipo laboral. En el proceso de esta lucha, han obtenido el co-gobierno de algunas instituciones musicales. Si este co-gobierno está guiado por criterios de superación artística o por consideraciones de política y poder, está por verse. En nuestro sistema, donde el gobierno ha elegido patrocinar y manejar las instituciones artísticas, el experimento puede resultar peligroso.



¿Cuánto tiempo más va a pasar para recoger y evaluar los frutos de esta situación?

Si atacar el problema de la educación artística general y profesional es una forma de romper el círculo vicioso, otra no menos importante es reforzar el aspecto de difusión con las instituciones ya existentes, por imperfectas que sean. No podemos darnos el lujo de esperar una generación para exigir a las orquestas y demás grupos el cumplimiento de una labor social en gran escala que justifique la inversión que el Estado hace en ellos. Sin embargo todo esto resulta difícil en momentos como el actual, cuando la iniciativa artística está casi exclusivamente en manos de los trabajadores de orquestas y coros que han cuestionado la actitud paternalista del Estado, aprovechándose de la coyuntura provocada por la crisis de principios de 1973. Es urgente que de los co-gobiernos, o de los músicos connotados de México o de las autoridades que tienen a su cargo la tutela artística del país o de donde sea, salgan las iniciativas que nos sitúen en el camino de ponerle remedio a nuestros graves problemas.

Es necesario el diseño de una política educativa que considere primordialmente la formación artístico-humanística del individuo y la transformación de las instituciones existentes de educación profesional y de difusión. No se puede permitir por más tiempo que se estrague y deforme el gusto del pueblo por la burda comercialización de los instrumentos masivos de difusión. Deben aplaudirse los esfuerzos que el Estado ha hecho hasta ahora por atender estos problemas como adquirir un órgano de difusión masiva. Por desgracia la competencia es desigual y los resultados mínimos. La acción debe ser total para conseguir objetivos de significación en la formación del gusto del mexicano.

Pedir que a través de divertimientos de altura se nos dé opción a una cultura superior, ya no es un lujo en ninguna parte del mundo; en nuestro caso es el mejor camino para encontrar la afinidad con la expresión de nuestros hombres de genio y la salida más rápida del subdesarrollo.

Acepto el premio Sourasky con emoción y agradecimiento. Quiero verlo como un símbolo de reconocimiento a todos los que difunden y trabajan para la música de México, no como un premio a los logros particulares de Eduardo Mata.

He sentido la obligación de compartir con ustedes estas preocupaciones. No sería sincero en mí hablar de otra forma. Deseo fervientemente que en el futuro haya muchos premios para los músicos mexicanos. Sería el mejor síntoma del perfeccionamiento de nuestra educación e índice de la apreciación unánime a los esfuerzos artísticos. Muchas gracias.